



EL ILMO. SR. DR. D. FRAY  
**GONZALO DE HERMOSILLO**  
 Y RODRIGUEZ,  
 PRIMER OBISPO DE DURANGO.

[CONCLUYE.]

**D**ESPUES, en la pág. 153, se ocupa de los tepehuanes entre los que se “esperimentaba cada día nuevo fervor, singularmente desde que en Taramara, junto al Valle de S. Pablo, se dió muerte á Oriarte, uno de los mal contentos, y que procuraba aun sostener por largo tiempo su partido. El Ilmo. Sr. Hermosillo es el autor de esta noticia en carta escrita al P. Provincial, despues de haber visitado este año [1625] las misiones de Topia y Tepehuanes.”

Como yo, escribe, los he recibido puedo dar á V. P. mil parabienes de los buenos sucesos que los padres de la Compañía tienen en estas partes donde la doctrina suya se logra tan bien, que promete muy gloriosos fines. “En estos últimos días se hizo la entrada al Valle de S. Pablo con grande aceptación y gusto de los mismos indios que la deseaban y así la habían pedido, y en ella los españoles quitaron la vida á Oriarte, muerte muy bien deseada en este reino, por el ánimo inquieto y perturbador que tenía y que era la cabeza y caudillo de los indios. Yo estimo á V. P. y á todos los demás mis Padres, con extremos de encarecimientos y el beneficio que hacen á estos naturales; y de mi parte me ofrezco con todas mis fuerzas para ayudarlos y servirlos en estas misiones. Guarde N. Señor á V. P. etc.

“Llegado que hubo al pueblo llamado Sinaloa, confirmó allí más de once mil, celebró con gran solemnidad de Pontifical é hizo en Macore órdenes, todo esto causó gran admiración en aquellos neofitos; así fué que nuestra santa Religión se les grabó profundamente, la cual no hacía mucho tiempo habían recibido.”

El P. Pérez de Rivas, en el c. XVI, lib. III, se ocupa de la primera visita pastoral á Sinaloa hecha por el Ilmo. Valle, Obispo de Guadalajara, y pasa enseguida á la que hizo

el Sr. Hermosillo quien “por dar feliz principio á la fundacion de su Iglesia, imitando al Obispo de Guadalajara, años despues quiso entrar á visitar esta Cristiandad, pasando muy grandes trabajos en atravesar las ásperas y encumbradas montañas de Topia, donde padeció muy grandes fatigas por sus asperezas, de que quedaba espantado, y que las hubiesen penetrado y vencido los Españoles, con la codicia de las minas de plata que en ellas hallaron, y los Ministros Evangélicos por el celo del bien de las almas, que en ellas estaban escondidas. Al fin venciendo este santo Pastor con grande sufrimiento estas dificultades, llegó á la Provincia de Sinaloa, donde fué recibido con las mismas muestras de alegría, que el Ilmo. D. Fray Juan del Valle, y adelantóse en hacer confirmaciones, no sólo en la villa, sino pasar, y entrar tambien al Río, é Iglesia del principal pueblo de Teguecos, llamado Macori, donde fué recibido con singular alegría y concurso de gente; y confirmó once mil cristianos, y para mayor consuelo, y confirmacion en la Fé de tan nueva cristiandad, se dignó de celebrar un día de fiesta que allí estuvo, Misa de Pontifical, y otro de Temporales que allí le cogió, órdenes sacros, dándolos á unos Clerigos que llevaba en su compañía, y otros que despues le siguieron. Acciones todas que aprovechaban mucho, para que aquellas gentes hicieran mayor concepto de la alteza de nuestra santa Religión, y de los Ministros que les predicaban el Santo Evangelio, y administraban sus Santos Sacramentos. Quiso la Divina Bondad premiar luego acciones de tan Apostólico Prelado, sin dilatar el premio glorioso. Porque sucedió, que habiendo concluido con sus Pontificios Ministerios, en Tegueco, y dando la vuelta á la villa, en el camino le asaltó un grave y repentino accidente, que obligó á llevarle en una silla á nuestro Colegio, donde procuraron los Padres Religiosos, y cuantos entendían de cura, servirle y curarle: y no aprovechando todos los remedios posibles en tierra tan distituida de Médico y medicinas, con singular paciencia y paz de su alma, y consuelo de verse cercado de tantos Religiosos y Predicadores Apostólicos de nuestra Compañía, que le asistían, entregó su bendita alma al Señor: que se sirvió de hacer tan grande favor á aquella Cristiandad y Provincia, de que quedase en nuestra Iglesia el despojo de su santo cuerpo, y del primer Obispo de la Diócesis de Guadiana: esperando que con sus ruegos ha de favorecer á aquella nueva Cristian-

dad. Por lo cual podemos decir, que dió la vida. Prelado en que se cumplió lo que Cristo Nuestro Señor dijo del buen Pastor, que lo era aquel que daba la vida por sus ovejas. Aquí dió este Santo Pastor, la vida por sus ovejas: y su santo cuerpo yace sepultado junto al Altar Mayor, y lado del Evangelio, con un retrato de su persona sobre su sepulcro, y su alma coronada con aquella inmarcesible corona, que el Príncipe de los Pastores (como dejó escrito su primer Vicario S. Pedro) tiene preparada á sus fieles y diligentes Ministros, y Mayordomos de su familia. . . .”

El P. Alegre, en el lib. VI, pág. 176, se espresa casi lo mismo. “Ayudó mucho al aumento y espiritual consuelo de aquella nueva cristiandad, la presencia y viva voz de su Pastor el Ilmo. D. Fr. Gonzalo de Hermosillo, que emprendió poco despues á costa de inmensas fatigas la visita de aquella grande y la más remota parte de su diócesis. Seguido de innumerable tropa de indios, que de todas partes concurrían gustosísimos á ver y recibir la bendicion del padre grande (que así le llamaban,) pasó mucho más adelante de la villa de San Felipe hasta Mayori, pueblo principal de los tehuacos. Confirmó muchos millares, celebró misa de pontifical, y ordenó de Orden Sacro á algunos que habían venido de Topia y Culiacan. La misteriosa magestad de las sagradas ceremonias, hizo formar á los neofitos una altísima idea de nuestra santa religion. El Ilmo. despues de haber consolado y acariciado mucho á aquellas sus ovejas, volviendo á Topia fué sobrecogido de una mortal enfermedad que á pocos días le acabó en el camino. Llevóse su cuerpo y se le dió sepultura en la Iglesia de nuestro colegio de Sinaloa, (de S. Felipe y Santiago) con ménos aparato del que demandaba su eminente dignidad; pero con muy sinceras lágrimas de los indios y de todos los misioneros cuyos trabajos había siempre apreciado mucho.”

“En estas y semejantes ocupaciones le cogió la muerte en 1629.”

El Sr. Lorenzana dice que falleció el 28 de Enero de 1631. Igual fecha ponen: Herrera, el P. Echevarría, en la Oracion fúnebre, Alcedo, Beristain, D. Fernando Ramírez, Hernaiz y Gams; aun el mismo Eguiara cuando más adelante dice que descansó su cadáver en Sinaloa 37 años hasta 1668, esto es, desde 1631.

“En el colegio de la Compañía de Jesús de dicho Sinaloa, fué sepulta-

“do en su templo, donde descansó treinta y siete años, hasta 1668 que el Obispo de la misma diócesis el Sr. D. Juan de Gorozpe Aguirre y su Cabildo dispusieron se llevase á la “catedral de “Durango” el cadáver “del fundador de su Iglesia,” el cual “se halló “con agradable sorpresa y “admiración,” que no se había des- “compuesto apesar de no haberlo em- “balsamado ni haberlo colocado en- “tre aromas, los cuales en aquellas “regiones se desconocen completa- “mente, apesar tambien del tempe- “ramento y clima que por otra parte “es muy apropiado para la descom- “posición. Se dispusieron solemnísi- “mas honras fúnebres que se hicie- “ron el 12 de Marzo del mismo año “de 1668, la oración encomiástica la “desempeñó el M. R. P. Fr. Juan de “Echeverría, franciscano, Ex-Pro- “vincial de la Provincia de Zacatecas “donde tuvo otros distinguidos car- “gos, la cual imprimió en México el “indicado año la Viuda de Bernardo “Calderon en 4<sup>o</sup>. El cuerpo de este “Príncipe de la Iglesia fué depósita- “do en el panteon de su misma cate- “dral.”

“Nuestro Obispo escribió muchos co- mentarios que han desaparecido con el tiempo ó están escondidos en al- guna biblioteca, á saber:

“Lecciones académicas de S. Escritura, dispuestas para cumplir con su deber.

“Tratados teológicos.

“Un curso completo de filosofía.

“De esto no he visto sino lo siguien- te en la biblioteca de los PP. Carme- litas descalzos del Colegio de S. Angel de Coyoacan.

“Tratado de Lógica.

“Tratado de la Bienaventuranza Ms. en 4<sup>o</sup> que tienen antes una Carta Dedicatoria, escrita en elegante latin que comienza así: A los muy reli- giosos y amados en Cristo los her- manos de la V. del Monte Carmelo, Fr. Gonzalo Hermosillo eremita agus- tiniano, les saluda y les dedica estos trabajos.

“Tambien conozco: la erección de la Iglesia Catedral de Durango hecha por este Prelado y copiada del Bu- lario Indico Ms. del Senador Baltasar Tovar, en el Compendio del mismo que hizo mi amigo D. Luis de Mendoza fol. 62, col. 2.

“Hacen memoria de nuestro Her- mosillo, Gil González Dávila en el teatro eclesiástico, Iglesia de Nueva Vizcaya, pág. 248.—Juan Diez de la Calle en su Memorial, fol. 95, col. 1.—El P. Andrés Pérez en “los triun- fos de Nuestra S. Fé,” fol. 177.— D. Carlos de Sigüenza en su Triunfo Parthénico, fol. 89, col. 1.—Plaza en la Crónica de la Universidad, lib. 3, marginal 83.—Mediua en la Cró- nica de S. Diego fol. 240, col. 2, n. 16.—El P. Arlegui en la Crónica de la Provincia de Zacatecas p. 336, part. V, c. X.—El M. R. Fr. Pedro Salguero en la Vida de Fr. Diego Basalenque cáp. I, lib. VI.”  
Hasta aquí Eguiara.

Hay que añadir además estos autores que ya he citado y he consultado:

Herrera, Elssio, Grijalva, Alcedo, Lo- renzana, Alegre, Granados, Morfi, Beristain, (que casi tradujo á Eguiara,) los Licenciados Escudero y Ramírez, Hernaez y Gams.

En nuestro Museo Nacional se conserva el retrato de cuerpo entero de este Prelado.

## FLORES DE MAYO.

### I

Que vibren, arpa mía,  
Tus cuerdas insonoras  
Con el cantar de ledos ruseñores  
Y el blando murmurar que entre las flores  
Hacen las limpias aguas bullidoras;  
Es la casta María  
El fin de tus cantares;  
Publica en este suelo su grandeza,  
Y ensalza reverente su belleza,  
Más pura que los blancos azahares.

En cadencioso coro  
La espléndida natura,  
Entona en este mes sus alabanzas  
Al manantial de amores y esperanzas,  
Que encierra de los cielos la dulzura;  
Y de sus lirios de oro,  
Los cándidos querubos  
Desprenden sin igual lánguidas notas  
Que llenan del espacio las ignotas  
Regiones de la luz y de las nubes.

¿Por qué es más bello el broche  
De la aurora naciente,  
Y de celajes de amarillo y grana  
El azul firmamento se engalana,  
Y se ostenta apacible y sonriente?  
¿Por qué la tibia noche,  
Misteriosa y serena,  
Se corona de estrellas fulgurantes,  
Que lucen como chispas de diamantes,  
Y su brillo seduce y enajena?

Las matinales brisas  
Suspiran querellosas  
Y besan de los lirios los capullos;  
Y á su paso despiertan los “cocuyos”  
Dormidos en el cáliz de las rosas.  
Las violas y artemisas,  
Los tulipanes rojos,  
Los mirtos y jazmines aromados,  
Adornan los jardines y los prados,  
Y calman de la vida los enojos.

De la torcaz paloma  
El arrullo amoroso,  
¿No es verdad que es más grato en estos días,  
En que suenan lejanas armonías  
En el seno feraz del bosque umbroso,  
Cuando en Oriente asoma  
El astro rubicundo,  
Que en su carrera majestuosa y rauda  
Despliega de su luz la hermosa cauda,  
Y mira abrasador el ancho mundo?

Cuando la tarde llega,  
Encantadora y triste,  
Tiñendo el Occidente de arboles,  
Entre nardos y esbeltos girasoles  
Con que el huerto lozano se reviste,  
El cefirillo juega;  
Y sus gemidos suaves  
Se pierden del boscaje entre los pinos,  
Donde modulan sus alegres trinos  
Las vocingleras y canoras aves.

Delicioso concierto,  
Inefable saludo,  
Que tus sonos magníficos levantas  
De la Virgen sublime hasta las plantas,  
Al oírte mi labio queda mudo  
Y arrobado me siento.  
¿Quién tuviera el encanto  
De tus arpadas ondas desprendido,  
Para hablar á la Madre del Ungido  
De mi filial amor en este canto!

Permíteme siquiera  
Mezclar mi pobre rima  
Al rumor de tus dulces vibraciones,  
Y llamaré gozoso á las naciones  
A venerar la noble y alta estima  
De la que Dios hiciera,  
De la tierra y el cielo,  
Do á su escabel el serafín se humilla,  
Esclarecida reina sin mancilla,  
De virtudes excelsas el modelo.

### II

Es hermoso el albor de la mañana  
Que en suave claridad baña el Oriente,

Y con rayos de púrpura luciente  
Los collados y montes engalana;  
Es graciosa la flor que ostenta ufana  
En su cáliz aljófár transparente,  
Enamoran la límpida corrieute  
Y la luna del cielo soberana,  
Mas en ese conjunto de belleza  
Descuellan los encantos de MARIA,  
Porque aduna á su noble gentileza  
Manantiales de amor y poesía,  
Y el Señor con espléndida grandeza  
Dióle gracia y mirífica valía.

### III

Ruge Satán frenético en el seno  
Del espantoso abismo, y á la tierra  
De Nazareth descende de ira lleno;  
Su mirada de fuego al mundo aterra,  
Y tiemblan sus legiones á su planta,  
Al horrendo vibrar de su garganta.  
De Joaquín al retiro llega ansioso;  
Entra, busca, y al ver la casta frente  
De María, revuélvese furioso,  
Y acercando su boca maldiciente  
A la Hija del cielo sin segunda,  
Mancharla quiere con su baba inmunda.

Mas al punto, de Dios el fuerte brazo  
Hace doblar el cuello al miserable,  
Y llevando la Niña á su regazo,  
Nada temas, le dice, es perdurable  
La plenitud de gracia que te ampara,  
Santuario de mi amor, Virgen preclara.

Huye veloz el ángel del averno  
Y á su oscura mansion vuelve humillado;  
En tanto que á una seña del Eterno,  
Millares de cantores á su lado  
Arrancan de sus arpas la armonía  
En loor de la angélica María.

Salve, Hija de Sion, pura y graciosa,  
Exclaman arrobados los querubos;  
No es la azucena blanca más airosa  
Ni el dorado celaje de las nubes  
Más hermoso que Tú, cuya mirada  
Tiene la suave luz de la alborada.

Salve, repite el bosque por doquiera,  
Salve, responde el céfiro en el llano;  
Salve, canta la alondra en la pradera,  
Salve, salve, postrado dice el hombre  
Al oír de MARIA el dulce nombre.

Y esta voz misteriosa se dilata  
A través de centurias y centurias;  
Y los humanos pechos arrebatada,  
Sin que pueda Satán con sus injurias  
Borrar del corazón de los mortales  
La huella de sus notas celestiales.

Si hoy el negro capuz de los errores  
Envuelve al universo, que parece  
Secar de la virtud las gayas flores,  
De Nazareth la Virgen resplandece,  
Cual faro bienhechor que entre las nieblas  
Brilla limpio rasgando las tinieblas.

No importa que la lengua del impío  
Desatinada niegue su pureza,  
Y pretenda menguar en su desvío  
Su virginal, mirífica grandeza,  
¿Quién eclipsó jamás en su locura  
Del sol esplendoroso la hermosura?

Primero volverían á la nada  
Los millones de estrellas fulgurantes  
Que tachonan la bóveda azulada,  
Y tornarían al polvo los vivientes,  
Antes que mancillaran la alta estima  
De la DONCELLA que Jehová sublima.

Como la nube que deshace el viento,  
Como la flor que muere en el collado,  
Cual del aura fugaz débil lamento,  
Como se extingue el arbol rosado,  
Pasarán sus procaces enemigos,  
De su valía á su pesar testigos.

Los siglos de los siglos su homenaje  
Llevarán á sus plantas, y los cielos  
Le rendirán humilde vasallaje;  
En tanto que cual ave á sus polluelos,  
Recibirá al querubé y al humano  
En su manto bendito y soberano.

Virgen Inmaculada, la corona  
Que circunda purísima tu frente,  
Con su esplendor magnífico pregonada  
Que despues del Señor Omnipotente,

No hay nadie como Tú, mística estrella,  
Que alumbras del mortal la triste huella.  
Por eso aquí á tus pies llego de hinojos  
A dejar de mi cántiga la ofrenda:  
Regada está con llanto de mis ojos,  
Recíbela piadosa, que es la prenda  
De la filial ternura que atesora  
Por Tí mi corazón, Madre y Señora.

## IV

Con el suspiro suave de las brisas  
Que besaron mi frente,  
Al nacer de la infancia las sonrisas,  
Oí tu Dulce Nombre,  
Y el labio balbuciente,  
"María," musitó, y alborozado  
Sentí agitarse el pecho delicado.  
Más tarde, en mi dichosa adolescencia,  
Cuando aduerme la vida con la esencia  
De seductoras flores,  
Tu venerado Nombre repetía  
Y el alma de placer se estremecía.  
Hoy que piso los cardos  
Y los abrojos de la edad madura,  
Pronuncio con fruición indefinible  
Tu deleitoso Nombre, Virgen pura:  
No hay música en el mundo  
Que tenga la dulzura  
Que siente el corazón cuando te llama,  
Ni hay humano lenguaje  
Que traducirla pueda.  
No es el rumor grandioso del bosque,  
No del ave canora  
El trino melodioso que enamora:  
Ni el himno soberano  
Que forma entre la espuma el océano:  
El divino concanto  
Que despierta y sublima el sentimiento,  
Y que brota á raudales  
Con tu Nombre dulcísimo  
Ha robado sus notas celestiales  
A la arpa gemidora del querube.  
¡Cuántas veces el llanto  
Se desborda regando las mejillas  
Cuando tu Nombre Santo  
Resuena en el recinto misterioso  
Del corazón que te ama fervoroso!  
El humilde labriego  
Y el magnate cubierto de blasones:  
El ignorante y rudo  
Y el sabio esclarecido,  
En su devoto ruego  
Te llaman con el pecho enternecido.  
Y es que tu Nombre encantador nos trae  
El perdón y el consuelo  
En este triste suelo.  
Cuando el mortal herido en la batalla  
Que libra con Satán, llega á tus brazos,  
Y demanda tu ayuda entre sollozos,  
Luego el descanso apetecido halla:  
Y si el justoy las vírgenes se escudan  
Con tu Nombre bendito,  
Huye el ángel maldito  
Impotente y confuso hasta el infierno.  
¡Oh! MARIA, delicia del Eterno,  
Quisiera pronunciar tu Dulce Nombre  
Con el tierno arrebató  
Con que lo canta el serafín ardiente,  
De hinojos á tus plantas reverente.  
Mas no puedo, Señora, que camino  
Marchito el corazón por el pecado.  
De la virtud las galas  
Perdieron su hermosura lisonjera,  
Y la inocencia desplegó sus alas  
Y abandonó mi espíritu angustiado:  
Pero si alcanzas, Virgen poderosa,  
El perdón de mis culpas,  
Te alabará mi lengua cariñosa;  
Y al despuntar la aurora sonrosada,  
Al teñirse el Ocaso de arboles,  
Cuando cubra el azul noche callada,  
Y de mi vida en el postrer instante,  
MARIA, clamaré, MARIA, MARIA,  
¡Cuán hermoso es tu Nombre, Madre mía!

## V

Quise narrar tu celestial belleza  
Y los hechos sublimes de tu historia,  
Sin pensar que camino sobre escoria  
Y encadenado estoy á mi baja.

Si el brillo de tu mística grandeza  
Ofusca las lumbreras de la gloria,  
¿Cómo podré cantar en tu memoria,  
Y cómo describir tu noble alteza?  
Temple el querub excelso su arpa de oro  
Y en tu loor eleve sus cantares  
Con notas de dulcísima armonía,  
Mientras llevo á tus pies mi triste lloro,  
Y al contarte humillado mis pesares,  
Te digo cuánto te amo. Madre mía,

DR. JOSE MARIA CASILLAS.

Chalchihuites.—Zacatecas.

## PROTECCION DE MARIA.

## LA IMAGEN DE LA VIRGEN.

(Traducción libre del francés.)

## I

**C**ERCA de Villafranca y á corta distancia del camino había una pequeña habitación, en la que vivían hace treinta años una desgraciada viuda enferma y anciana y su hija única de 16 años.

Esas dos pobres mujeres vivían de pequeñas limosnas y del trabajo de sus manos. Francisca, este el nombre de la jóven, se ocupaba de toda clase de trabajos manuales que le ministraban los vecinos: en los alrededores su madre cortaba hierba para alimentar una cabra; reunía madera para calentar su pequeño hogar é hilaba un poco de lino cuando el mal tiempo no le permitía salir. Ellas vivían felices porque se amaban y tenían fé en una vida mejor.

El interior de su cabaña era muy miserable; figuraos cuatro muros ahumados y que amenazaban ruina, un lecho malísimo, tres escabeles, una mesa y un baúl por menaje. Tenían, en una esquina, una paja de paja en donde la cabra dormía, y la cama de sus dueñas no era mejor, pero debían encontrarla excelente porque en ella gozaban de un sueño puro. En la cabecera había colocada una pequeña imagen de la Virgen, muy antigua y que no había costado gran cosa.

Las dos mujeres tenían gran devoción por esta imagen; pero sobre todo la madre que veneraba en ella la dulzura que aparecía en su semblante y que creía deber á su influencia toda la felicidad que había gozado sobre la tierra. En la tarde, cuando las sombras descendían sobre la montaña y que el toque de la Oración sonaba en la torre vecina, se arrodillaban delante de la Virgen y le daban gracias por el pan de ese día; en la mañana cuando los primeros rayos de la aurora penetraban por el techo de su cabaña, ellas se arrodillaban y daban mil gracias á la Virgen por haber dormido en la noche.

Mariana no dejaba de hacer oraciones por la mañana y por la tarde para dar culto á la celeste imagen; cuando su trabajo la fatigaba, y esto era muy á menudo, ponía su escabel junto á su lecho y orando contemplaba con éxtasis la encantadora representación de su patrona. Ella iba todos los domingos á la iglesia parroquial, en donde existía un cuadro bellísimo de la Anunciación que venían á ver de 40 kilómetros á la redonda; pero amaba más á su imagen: ella había hecho tres veces el viaje á Villafranca, y tres veces había visto, en la iglesia principal, una Santa Familia de un pintor italiano muy célebre, pero amaba más á su imagen. Es preciso decir que no era uno de esos pedazos de papel iluminado que se vende en las librerías y en las ferias: era una verdadera pintura; el tiempo la había alterado un poco, pero Mariana no lo notaba; la santa Virgen se destacaba tan blanca y tan pura sobre el fondo sombrío que la rodeaba! el Niño Jesús tenía sobre su fisonomía un carácter tan bello de inocencia y de divinidad!

—Mira, le decía á menudo á su hija, mira cómo mi patrona nos mira con bondad; ella es quien vela por nosotras, estoy segura,

y me reprocho el no haberte dado su nombre. Me parece verte cuando eras pequeña, llevando sobre tu frente una corona de flores. Sé siempre devota de la Santa Virgen, Francisca; la Madre de Cristo es la Madre de todos, pero lo es especialmente de los desgraciados que sufren y que lloran.

Y las dos mujeres caían en los brazos una de la otra al pie de la imagen, después renovaban el ramo ó la guirnalda de inmortales que formaban su ofrenda, pero estaba allí más honrada que en los más ricos oratorios. Las lágrimas que vienen de un corazón puro, las plegarias que murmura una voz inocente le son más agradables que las pompas más notables y los más ricos presentes.

## II

Entre tanto, la dulce tranquilidad de Mariana y de su hija fué turbada. Dios envía á menudo pruebas penosas y días difíciles á los que siguen fielmente su ley; ¡dichosos los que sufren sobre la tierra! en el día de las recompensas divinas tendrán la mejor parte. Vino un año malísimo al país de Villafranca y sus inmediaciones. Los trigos fueron arrancados por un terrible huracán, las praderas inundadas, las chozas destruidas, los ganados morían á la vez y como una desgracia jamás viene sola, ese otoño tan estéril fué seguido de un invierno tan rigoroso que los más ancianos de la comarca no recordaban haber visto otro igual. La miseria fué general, aun entre aquellos que tenían recursos, y los ricos, inquietos por el porvenir, suspendieron todos los trabajos.

Mariana y su hija, que no habían podido hacer ni provisiones ni economías, y que vivían con el día, se sostuvieron durante el invierno sin saber cómo. Vendieron su cabra, que les era tan querida y tan necesaria, y recibieron algunas limosnas del Cura de su Parroquia; pero fueron tan pequeñas, era el número de los desgraciados tan grande como estrecho el de los bienhechores. Sin duda no debieron la vida sino á la protección de la Virgen que velaba por ellas y á quien oraban sin cesar.

"¡Santa Virgen patrona de mi madre, decía Francisca, no la dejéis morir tan miserablemente!"

"Santa Virgen patrona de los afligidos, no abandones á mi hija; es muy jóven aún para morir."

La primavera volvió y con ella la esperanza de días mejores alentaba el corazón de las dos mujeres. Francisca podría volver á sus trabajos y la vieja Mariana no sentiría ya crisparse sus manos de frío al ponerse á la rueca. ¡Vanas esperanzas! Una mañana que Francisca había salido para ir á cortar mil primaveras para formar una guirnalda con que rodear el cuadro de la imagen que amaba con ternura, el propietario de la cabaña que habitaba la viuda se presentó delante de ella; era un hombre imperioso y duro que no tenía ni temor de Dios ni piedad de los hombres.

"¡Hola! dijo él, los tiempos son malos, el año de alquiler ha concluido y como no tengo dinero, vengo á pedirlo.

—Por piedad, respondió Mariana, los tiempos han sido horribles para mí más que para vos, mi hija y yo mil veces hemos carecido del pan: juzgad si en este momento podré satisfaceros.

—Entonces, replicó el malvado hombre, procurad encontrar un asilo en que alguna buena alma os reciba por amor de Dios, porque mañana vuelvo á la ciudad, y saldreis antes de mi casa! gritó dando con el pie en el suelo.

—Al menos, dijo la pobre mujer, dejadnos algunos días á fin de encontrar un asilo por el amor de Dios, como decís. No tardaré en hallarlo, así lo espero; mi vejez y la juventud de mi hija conmoverán alguna alma, sin duda, pero no puedo dejar en el camino mi cama, mi mesa y los tres escabeles que me restan.

—¿Vuestros muebles? ¿estais loca, mu-

jer, y quién me paga lo que me debeis? Yo voy á venderlo todo.

—¿Vender mi lecho? ¿Me condenareis á morir sobre la paja?

—Podeis morir donde querais; me importa muy poco, si quedo pagado, aunque lo dudo, con esos pedazos de madera carcomidos. Ensayaré, sin embargo.

Y cuando la desgraciada, con las manos juntas, quiso suplicarle, la arrojó al suelo y abrió la puerta para salir.

—¿Estais prevenida, gritó, mañana entregareis todo al vendutero que se presentará!

Mariana quedó muda á esa última palabra, vió ante sí su vida errante, sin abrigo, sin asilo, igual á esos mendigos que pasan la noche en un granero con una paja fría y sin cubiertas, y cuando entró Francisca con una cancion en los labios y un ramo de flores en la mano, ella no pudo más que arrojarle en sus brazos y llorar.

El día pasó triste y sombrío, y no tuvo la resolucion de contar á su hija el mal que les había sobrevenido. En la tarde, ella rogó con más fervor que nunca y en la mitad de la noche vió á la Virgen llena de luz: era la luna que se deslizaba por una abertura y llenaba con sus rayos la pintura. A esa vista Mariana sintió renacer la calma en su corazon. ¡Oh, Santa Virgen, exclamó en voz baja para no despertar á su hija, Santa Virgen, la Madre de las madres y mi gloriosa patrona, yo sé bien que me habeis escuchado y sé que no me abandonareis en esta desgracia!

Despues de esa plegaria Mariana se sintió consolada; ella soñó que la Virgen le tendía sus brazos alejando de ella y de su hija á los que les buscaban el mal; soñó que le daba una bolsa llena de oro y vestidos y muebles y pan blanco, y aquello lo veía en sus manos, y despues vió la figura del propietario acompañado de los hombres de la ley, y se levantó vivamente agitada por un sueño al volver á la triste realidad.

Amaneció. Francisca se levantó y se puso á trabajar.

—¿Cómo has dormido en la noche? dijo á su madre.

—¡Ah! respondió Mariana, es la última noche que he pasado en esta cabaña y este lecho en que he reposado cuarenta años. ¡Oh, hija mía! ¡Oh, mi hija, á contar de este día ya no tendremos un asilo donde reposar nuestra cabeza, la piedra de los campos será nuestro sitio y nuestra almohada!

Y entonces contó la visita del propietario de la cabaña y sus amenazas que iba á cumplir. Apénas concluía su relato cuando se oyó el ruido de muchas personas y apareció el propietario acompañado de las gentes de la justicia. Se reunieron á la mesa para escribir, sacaron los muebles fuera de la casa y comenzó la venta delante de algunas personas que fueron llegando.

Como los objetos no tenían valor, el propietario temió no quedar pagado y que los gastos fueran á su cuenta. No había más que 24 francos con que cubrirse.

No quedaba más que un espejito negro y rayado y por el que nada ofrecían, y tomaron el cuadro de la Virgen al pie del cual Mariana y su hija estaban arrodilladas y temblorosas, con el oído atento á esa venta fatal, y comparando su suerte á la de José, ó la del Salvador que desde lo alto de la cruz vió jugar á los soldados su túnica de miseria.

—¿No hay más? dijo el acreedor, id de nuevo y buscad; haremos algunos escudos.

Uno de los hombres hizo una nueva pesquisa, se llevó el espejo y se puso á descolgar la imagen. En ese momento las dos mujeres arrojaron un grito de desesperacion y de terror.

—¿Cómo! dijo Mariana espantada, ¿vos me quitais así la figura de mi santa patrona? ¡Mirad, mirad la más grande de mis desgracias; no tendreis nada de ese lienzo y quereis arrebatármelo. Es mi último bien, mi último consuelo. Hija mía, haz como yo, abrázate á sus rodillas á ver si escucha nuestros ruegos.

Y mientras Francisca caía á los pies de

aquel hombre, su madre estaba delante de la imagen querida y quería defenderla con sus débiles manos.

Este altercado atrajo al propietario que, descontento con la venta, entró con un aire brutal. La pobre mujer corrió á él.

—¿Señor, señor, me habeis quitado cuanto poseo y os lo perdono, puesto que yo no he podido pagaros; pero no me quiteis mi santa imagen! Es la de mi querida patrona, delante de la que rezo hace cuarenta años. Esta Virgen recibió el primer suspiro de mi hija y el último de mi marido, el que la puso en este lagar el día de mi boda y es lo único que conservo de él. Gracia, piedad dejadme esa imagen!

¿Qué podríais hacer con ese lienzo que es viejo como yo lo soy, expuesto á que lo arrojen al polvo y al olvido? Y el llanto cortó su voz. El malvado hombre no se dignó responderle. Abrió silenciosamente su cortaplumas para arrancar los clavos que detenian la tela, y al separarla él la llevó á la venduta.

—¿Quién quiere esta soberbia pintura por dos sueldos? dijo el acreedor. ¡Dos sueldos! ¿nadie la quiere?

Se acercó á los espectadores un grupo de turistas que se paseaban por la orilla del Abeynon y que la curiosidad había detenido un momento para ver la venta. Las habitantes de la cabaña no asistían á esa profanacion del objeto de su culto. Mariana se había privado por el dolor y su hija le prodigaba sus cuidados, bañada en lágrimas.

—¿Dos sueldos! repetía, ¿qué, no hay quién quiera que esa Virgen bellísima sea su patrona? ¡enriqueceos con ella!

—¿Tres sueldos! gritó una jóven que se llamaba Marieta.

—¿Tres francos! gritó uno de los señores al mirar por primera vez la figura de la Madona.

El acreedor, al sorprenderse, quedó mudo, y sus brazos cayeron lánguidamente. Puso tal semblante, que todos se pusieron á reir.

—¿Veinte francos! añadió una voz que partía del mismo grupo.

—¿Veinte francos! añadía el acreedor, con la voz y la fisonomía del hombre que sufre un vértigo al oír el precio.

—¿Treinta! gritó la primera voz.

—¿Cuarenta! añadió la segunda.

—¿Cien francos!

—¿Doseientos francos!

—¿Cien escudos!

—¿Quinientos francos! decía el acreedor y se levantaba un rumor confuso entre los campesinos.

—¿Ochocientos francos! dijo otra voz que era la de un jóven pintor.

—¿Doy mil escudos! añadía otra persona.

Hubo un momento de silencio, despues del cual el propietario exclamó lentamente.

—¿Mil escudos!... ¡mil escudos!... ¿No hay quién dé más?... Rematado.

—Señor respondió el jóven pintor, que había visto en el lienzo una obra maestra del gran Murillo, daría gustoso mi fortuna de artista por competir por vos; pero disponeis de los fondos del Gobierno y me es imposible. A mi vuelta á Paris visitaré el Louvre para conservar en mi mente la fisonomía de la Madona. Cuando se alejó, dirigiendo la vista á la pintura, observó que su antagonista la guardaba con gran cuidado en cambio del billete que cubría el pago y que recibía el propietario con ojos estúpidos.

Cuando Mariana volvió en sí y le contaron esa historia maravillosa, ella no pudo ni quiso explicárselo más que como un milagro de su santa patrona. Podeis juzgar si fueron dichas con tanto dinero.

Cada año, en el aniversario del día en que les habían vendido sus muebles, mandaban celebrar una misa solemne y encender unos cirios gruesos en la capilla de la Virgen. Compraron una nueva pintura que representaba á la madre del Salvador elevada al cielo en medio de una nube de ángeles, pero esa copia les

recordaba siempre la que habían perdido, y á pesar de la dicha que debían á su pequeña fortuna, un suspiro lanzaba el corazon de Mariana y una lágrima bañaba sus ojos al decir á su hija: “¡Ay! ¡tan bella la imagen de la Virgen!”

Nosotros, al hacer la traduccion de la historia que tomamos en nuestras manos, advertimos que no hubo ningun milagro; pero sí creemos haber visto una recompensa celeste á la devocion de esas pobres mujeres que decían de todo corazon á la santa Madona, siendo dichas ó desgraciadas:

—¿Santa María, sólo esperamos en vos!

## LA NIÑA Y LA ROSA.

### LA NIÑA.

Rosa encantadora,  
Que esbelta y erguida  
Del arroyo creces  
A la fresca orilla,  
Y en el claro espejo  
Del agua tranquila  
Bella te retratas,  
Ufana te miras;  
Todo, flor gallarda,  
Todo en tí me admira:  
Corola que se abre  
Pomposa, encendida;  
Hojas de esmeralda,  
Fragancia exquisita,  
Todo... hasta tu tallo  
Que medrosa erizas,  
Como si quisieras  
Alejar esquiva  
De tus amadores  
La mano atrevida.  
¿Díme por quién guardas?  
¿Díme por quién cuidas  
Y cauta defiendes  
Con aguda espina  
Esos ricos dones  
Que Dios te prodiga?

### LA ROSA.

De tí no me guardo,  
Pura y tierna niña;  
Llégato sin miedo  
De la aguda espina;  
Córteme tu mano  
Delicada y linda;  
Que estos ricos dones  
Que Dios me prodiga  
Armada defiendes,  
Guardo prevenida,  
Para que en mi nombre  
Piadosa los rindas  
Al pie de mi Reina,  
La hermosa María.

### LA NIÑA.

Nunca más hermosa  
Fuiste, rosa mía;  
¡Bien hayan tus gracias,  
Flor agradecida!  
Siempre te acaricien  
Templadas las brisas;  
Los cielos prolonguen  
Serenos tus días;  
Propicios te guarden,  
Y Dios te bendiga.  
Tu Reina y Madre  
Acepte benigna  
De tí la fragancia,  
Y de mí la vida;  
De tí los encantos,  
Y de mí rendida  
Un alma que sólo  
Por Ella suspira.  
Estos dones quiero,  
Rosa peregrina,  
Rendir con los tuyos  
Amante y sumisa  
Al pie de mi Madre,  
La hermosa María.

### LA ROSA.

Ofrenda preciosa,

Más que el oro rica,  
Digna de tal Madre,  
Propia de tal hija.  
¡Feliz! tú mil veces,  
Mi bella Clorinda!  
Eres á mis ojos  
Angel, más que niña:  
Yo, cual tú, no digó  
Que Dios te bendiga:  
Eres, niña amante,  
De Dios ya bendita.—V. A.

## LEYENDAS

Y

## Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LIII

## EL COLEGIO DE PROPAGANDA FIDE.

\* A mi estimado amigo el  
Dr. D. Nicolás Leon.

**N**ECESITARIA un volúmen para relatar uno á uno los acontecimientos de que este convento ha sido teatro, y otros tantos, cuantos son los varones virtuosísimos que le han dado renombre, haciéndole el más célebre de nuestro suelo.

Su ruinoso y silencioso claustro trae á la memoria del visitante recuerdos adecuados á las ideas que dominan su espíritu. Al católico, tristes y amargos, recordando tiempos más felices; al religioso, suspiros lastimeros acompañados de lágrimas, quizá besando con efusión aquellas frías paredes, que no volverán á repetir con su eco los salmos del Profeta; al liberal, exclamaciones de alegría unidas á irónica sonrisa, al ver reducida á polvo y escombros, aquella "madriguera de frailes" que no volverán á hacer retemblar desde sus cimientos, como en otro tiempo, el trono de sus instituciones; en una palabra, el republicano, el imperialista, el mexicano y el extranjero, todos, todos, dando una ojeada á la historia, contemplan las consecuencias funestas que dejan trás de sí la pasión de partido y la tea revolucionaria. ¡Desgraciadamente ese es el hombre en sus caprichos! Hoy destruye, llevando en una mano la tea y en la otra el puñal, el objeto por el cual en vano mañana suspirarán sus hijos.

Mas dejemos las digresiones tantas á que se presta el citado monumento, y entremos á su parte histórica.

El templo data á raíz de la conquista; primero fué como dicho queda en otra leyenda, de zacate, permaneciendo así mucho tiempo hasta que Fr. José de los Santos, celoso franciscano, recorrió todas estas provincias reuniendo de limosnas doce mil pesos y logró fundar el templo y convento de calicanto en 1654, siendo siempre la primer parroquia. En 1666 la Provincia de Michoacan destinó este convento para casa de recolección bajo el título de San Buenaventura. Fué erigido en Colegio Apostólico por Bula del Pontífice Inocencio XI de fecha 8 de Mayo de 1682 que da principio "Sacrosancti Apostolatus officium."

El Venerable Fr. Antonio Linaz, fundador del Colegio Apostólico, llegó con sus compañeros á este convento el 15 de Agosto de 1683, siendo el primer Colegio de este género en todas las Indias, naciendo de éste otros diez Colegios en distintos lugares de las Américas.

Si Querétaro conserva sus tradiciones, es debido á los cronistas de este convento, quienes no se limitaban á perpetuar en sus anales, los hechos de su convento, sino los acontecimientos todos que ocurrían en su época.

De este lugar de silencio, dice un escritor recomendable, (1) salieron innumerables

(1) El Pbro. D. Vicente Acosta, en su Reseña sobre la parte que tomó Querétaro nella coronación de Nuestra Señora de Guadalupe 1895.

misioneros que con su breviario y baston de peregrinos atravesaron el corazon de los bosques, llevando la luz de la fé y la devoción guadalupana hasta lo más apartado de nuestras fronteras.

En este convento han florecido muchos religiosos insignes, sabios y eruditos, siendo de éstos en sus primitivos tiempos, los fundadores Linaz, Margil y Frutos, de quienes hablan muy alto los cronistas, no ménos que de Fr. Melchor López, Rebullida, Bustamante y tantos otros.

En nuestro siglo resplandecieron por sus virtudes los Pérez Llera, Bringas y Cardocito, varones no ménos llenos de santidad; y en nuestros últimos tiempos los Aguilera y Zavala; aquel, notable por su constancia en doctrinar en las serranías, y éste por su ferviente devoción al Santísimo Señor Sacramentado y su habitual sencillez.

Fué hijo de este Colegio el R. P. Fr. Pedro Urquiaga, Obispo que fué de Puerto Rico, fundador del Colegio de Zacatecas y biógrafo del V. Fr. Antonio Linaz.

Larrea, primer Provincial queretano que tuvo este convento en tiempo de los franciscanos, fué el primer escritor que nos legó muchos datos útiles para la historia, siendo impresa su primera crónica en 1643.

Fr. Isidoro Félix Espinosa escribió el tomo 1º de las crónicas de este Colegio y la vida del V. Margil.

Fr. Juan Domingo Arricivita, cronista también, imprimió el Tomo 3º de dichas crónicas.

Fr. José Joaquín Ortega, escribió algunas obras eruditas y piadosas.

Fr. Hermenegildo Vilaplana, fué cronista del mismo convento y escribió la segunda obra sobre las heroicas virtudes del V. Margil, así como la historia de Nuestra Señora del Pueblito.

Fr. Diego Bringas, cronista también de su época, escribió algunos sermonarios y otras obras elocuentes y de doctrina.

Sería interminable si quisiese seguir arrando uno á uno todos los escritores hasta llegar á nuestro Zavalita, quien escribió también bastante en honra del Santísimo Sacramento.

De los bienhechores que ha tenido el convento, sólo recordaremos por no ser demasiado difusos, al insigne queretano D. Ramón N. de Guante y al Br. D. Juan Caballero y Osio, quien hizo á sus expensas la capilla del crucero, el coro y otras obras.

El actual Guardian Fr. Salvador de Argüello merece mencionarse entre el número de éstos: pues en los treinta y siete años que lleva de estar en el convento, la mayor parte, y desde la usurpación de sus bienes y fueros, ha sostenido con bastante esplendor el culto, á fuerza de abnegaciones, humillaciones y desvelos, recorriendo á pie la ciudad sin euidarse poco ni mucho del rigor de las estaciones.

Las reliquias é imágenes de este convento son muy veneradas, y algunas históricas. El Señor Ecce Homo es hechura de Fr. Sebastian Gallegos. Existió un Santo Niño, hechura napolitana, regalo de la duquesa del Infantado al R. P. Fr. Antonio Linaz, cuando vino á fundar este Colegio.

También existió (no se si aún se conserva) un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartos, muy bien hecho, regalo del Sr. D. Toribio Cosío, marqués de Torre-Campos.

Las ocho imágenes ó estatuas colocadas últimamente á ámbos lados del altar mayor y que representan los santos y beatas que más se han distinguido en la devoción del Santísimo Sacramento, se deben al R. P. Fr. Miguel María Zavala de quien ántes he hablado.

Existente también una imagen de la Cueva Santa, cuya devoción se debe al citado religioso.

Se guarda como reliquia preciosa una Guadalupe que el V. fundador Fr. Francisco Frutos, tocó á la original.

El Señor de Esquipula tan venerado, aun

cuando ignoro su origen, debo anotar aquí que Fr. Antonio Margil de Jesus que fué á misionar á Guatemala, en donde existe un pueblo llamado Esquipula, probable puede ser que él haya llevado á aquel país tal devoción á esta imagen; pues allí se le hace anualmente una fiesta inusitada á la cual concurren naturales de todas las Américas.

Aun se conserva en la ruinoso fachada el púlpito formado en el mismo muro, en donde por no ser suficiente el templo á contener el auditorio en tiempo de las misiones, se predicaba la palabra de Dios. Allí, el V. Cardocito con un Santo Cristo en la mano izquierda y una disciplina en la derecha, excitó con sus lágrimas y ejemplo, al pueblo que lo escuchaba en el vasto cementerio, al arrepentimiento. Allí, los Eguilera, Luque y otros muchos, cosecharon mucho fruto en el santo tiempo de la Cuaresma.

Omito hablar de la reliquia más veneranda, la Santa Cruz de los milagros, por haberle dedicado ya su leyenda especial en mis primeros escritos.

La biblioteca del convento en 1802, según un escritor de la época, contaba entonces más de ocho mil volúmenes, y aún se conserva parte de ella debido á la prevision y celo del R. P. Guardian actual Fr. Salvador Argüello.

Cuando el ejército francés ocupó el convento, fueron destruidos los estantes de la librería, y habrían concluido aún con los libros si el citado religioso no los hubiese trasladado á otro lugar. (2)

Esta clase de escritos no permite detallar todos los acontecimientos políticos de que este convento ha sido teatro, por lo mismo me concretaré á algunos.

De aquí fué de donde primero se recibieron en México noticias de la insurrección el año de diez; pues siendo la mayor parte religiosos españoles, muy natural era fuesen partidarios de Fernando VII y enemigos de Hidalgo y sus secuaces.

Aquí se refugiaron las tropas españolas al mando de Luaces, cuando Iturbide sitió la ciudad, pactándose aquí mismo la capitulación el 28 de de Junio de 1821, quedando la ciudad por los independentes.

Aquí estaba Maximiliano la madrugada del 15 de Mayo de 1867, cuando fué entregada la ciudad, debido á la introducción de las tropas republicanas por la huerta, que hizo personalmente el traidor Miguel López; y aquí mismo en el mismo día, después de la rendición del Cerro de las Campanas, fué su primer prision al lado de sus valientes Generales.

Más tarde, cuando en 1855 se pronunciaba el pueblo contra D. Angel Cabrera, Verdusco se apoderó del mando y se resistió á entregarlo al Sr. D. Francisco de P. Mesa, elegido según nuestras instituciones; pero el comandante Montes Velázquez ó llegó este convento con sus fuerzas, desde Toliman, y en la misma noche escribió á Verdusco que si no entregaba el poder, al día siguiente rompería las hostilidades. Esto bastó para que Verdusco entregara inmediatamente el mando, no sin haber ántes protestado.

Antes de terminar debo hacer mención del curioso árbol que existe en la huerta, llamado de la cruz, el cual es un zarzal que pro-

(2) Cierta ocasión estando de sobremesa un estimable amigo y yo con este religioso en el mismo convento, nos refería una anécdota á propósito de esto, que produjo mucha hilaridad. Es el caso que á la llegada de los franceses y al instalarse algunos en el local de la librería, les recomendó cuidasen de la conservación de los estantes, mas al volver á los pocos días, se encuentra que ya habían desaparecido y preguntando por ellos, se le contestó: "Se acabaron en el café." Nuestro amigo muy oportunamente añadió: Y si vd. [dirigiéndose al religioso] no hubiera sacado de allí los libros, es indudable que también terminan en el café.

duce puras espinas en forma perfecta de cruz, con la particularidad que unas tienen otras pequeñas espinas en el lugar donde estaban los clavos de la verdadera cruz. Este árbol según la GACETA DE MÉXICO fué traído de las inmediaciones del Saltillo por un religioso en 1782. [3]

Este convento es la llave del agua de la ciudad, siendo además en todas las revoluciones el punto dominante de los contendientes; y de aquí que siendo la fortaleza principal, siempre ha sido disputada su posesión, y en todos tiempos ha sido convertido en cuartel general.

Muy conveniente sería que el gobierno procurase la conservación de este monumento, fuente de acontecimientos históricos, y más que todo, antorcha luminosa del Catolicismo.

[3] Este se secó, y el que existe se debe al R. P. Fr. Salvador Argüello quien lo plantó antes que aquel conclayera.

## A UNA OLA.

Cuando en el pecho se siente  
Del amor la intensa llama,  
Se ocupa sólo la mente  
De pensar en la que se ama.

Es su nombre mi embeleso:  
Que con mística pasión  
Lo modulan en un beso  
Mis labios en oración.....

No hay instantes en mi vida  
Que te deje de llamar:  
¡Ola! ¡mi Ola querida!  
Por tí siento delirar.....

No eres ola embravecida  
Sobre turbulentos mares,  
Que al navegante, atrevida  
Causarás hondos pesares.

La que impelen aquilones,  
Cuando tempestad estalla,  
Destrozando embarcaciones  
Y estrellándose en la playa.

La que se alza cual montaña  
Imponente, entre la bruma  
Se agita, ruge y se baña  
Con su blanquecina espuma.

No. Tú, eres ola arrullada  
Sobre una mansa corriente;  
Por suave brisa empujada  
Te deslizas blandamente.

En cristalino arroyuelo  
Y entre remanso de flores,  
Retratas la luz del cielo  
Con sus nítidos colores.

Si produjeras rumor  
En armonioso murmullo,  
Es besando su capullo  
Y el tallo de hermosa flor.

Si la linfa bulliciosa  
Tiene por lecho la roca,  
Resbalas sin furia loca,  
En fluctuación silenciosa.

De tu gallarda figura  
¿Qué podré, Ola, decir?  
En tu tipo la hermosura  
No se puede discutir.

Cual palmera tropical  
Es tu talle voluptuoso,  
Tu donaire es natural  
Y tu paso es majestuoso.

Tu alba frente, despejada,  
Tus mejillas de carmin,  
Tu boca está nacarada  
Como una rosa de Abril.

Tus ojos fascinadores  
Son auroras matinales,  
Son lampos tan brilladores  
Como los rayos boreales.

La expresión de tu mirada  
Es púdica y candorosa,  
Por la modestia velada  
La difundes, niña hermosa.

Y tu amante corazón  
Es nido del sentimiento,

Es de Dios una creación  
Formada con el aliento.

De arcángel tu alma bella  
Del empíreo descendida,  
Es una perla escondida  
Donde la virtud destella.....

Mas yo, tu pobre cantor,  
De pasión en el exceso,  
Te mando mi alma en un beso  
Y en mis versos el amor.....

Soy muy indigno de ti,  
Para tu amor aspirar;  
Pero en grande frenesí,  
¡Ola mía te he de llamar!

Apaseo el Alto, Abril 21 de 1897.

VICENTE SAAVEDRA.

## LOS LUNES

DE LOS

# ZAPATEROS.

(CUENTO.)

I

**D**IFÍCIL, si no imposible, resulta descubrir el origen de algunas costumbres. En el jardín de Luxemburgo había un banco, en el cual, desde hacía muchos años, nadie podía sentarse, puesto que cuantos lo intentaban eran advertidos para que no lo hicieran por un centinela que hacía guardia en la garita que había al pie de un monumento, próximo al referido banco.

—Caballero, retírese V.; hay orden de que no dejemos a nadie sentarse ahí, decía el soldado.

Y la orden, que había sido dada hacía mucho tiempo, por estar el banco recién pintado, subsistía; lo que se dispuso entonces para que la gente no se manchara, pasó después por una disposición absurda y tiránica.

Algo semejante ocurre con los lunes de los zapateros.

¿Cómo y por qué casi todos los maestros, oficiales y aprendices de obra prima huelgan los lunes?

Ello fué así, según crónicas apergamina-das y venerables.

Cuando Nuestro Señor se hallaba por el mundo, hubo de sentirse un día, un lunes por cierto, tan cansado, que le dijo a San Pedro, que iba acompañándolo:

—Busca por ahí algún sitio donde podamos reposar por un momento, y donde nos den un jarro de agua fresca que calme nuestra sed y mitigue el calor que nos sofoca.

—Señor, no veo lugar a propósito..... porque esta casucha que está aquí próxima a nosotros, es la de un zapatero, un viejo regañón y mal humorado... y no es cosa de que oigas alguna inconveniencia. Haz un milagro, Maestro, que más fácil será que de este seco arenal mane agua, que no que deje de decir blasfemias ese remendon.

—Vamos allá, Pedro, puesto que él es así como dices, más necesidad tendrá de mí que nosotros de él.

—Señor, mira...

—Pedro, replicó el señor, interrumpiendo al Apóstol,—ya te he dicho que eres hombre de poca fé.

Dicho esto, llegaron a la puerta del zapatero, el cual se hallaba dando una con otra las dos cuchillas, y sonriéndose con socarnería, entonó una canción burlesca contra los clavos, lo cual no pasó desapercibido para san Pedro, que dijo entre dientes y con acento de resignación.

—¡Bueno; principió!

—¿Qué se ofrece buena gente? dijo el remendon. No me entretengais que estoy de prisa. ¡Voto al demonio!

—Dadnos un asiento y un jarro de agua, dijo dulcemente el Señor.

Y como aquella bondad era divina y aquella dulzura santa, debieron de aturdir de tal

modo al zapatero, que no pudo contestar, pero sacando dos taburetes se los ofreció a los recién llegados, y luego tomando una jarra, llena de agua fresca, brindó con ella al Señor.

—Riquísima está el agua, dijo éste y añadió alargando la jarra a Pedro: bebe, Pedro.

Pedro bebió y luego limpiándose los labios con una de las puntas de su capa, dijo:

—Mil gracias.

—A Dios sean dadas, que es el amo de todo, contestó el zapatero.

—Hombre, hombre, ¿según eso te acuerdas de Dios algunas veces? preguntó el Señor con vivo interés.

—Está claro que me acuerdo.

—Ya veo que eres un hombre de bien. ¡Ah! y si no jurases, mejor servirías a Dios.

—¡Jurar! ¡Háganse cuenta que no se lo que me digo!

—Sí; mas los que te escuchan saben lo que oyen... y el escándalo es el peor enemigo de las almas; pero, en fin, no hemos de reñir; y en pago del acogimiento que nos has hecho, mira lo que deseas pedirme, que estoy pronto a concedértelo.

—Señor, una sola cosa, y se refiere a como quiero morir.

—Veamos.

—Pues quiero morir en lunes, y que la muerte me sorprenda en mi sano juicio..... para poder pensar siquiera un momento antes de morir.

—Concedido, exclamó el Señor; y se despidió afablemente del zapatero.

—Señor, nada bueno se propone este hombre con eso de querer morir en lunes y con sano juicio.

Nada replicó el Señor, y seguido de San Pedro emprendieron de nuevo su camino, en tanto que el zapatero, martillo en mano, batía el cuero, y cantaba más alegre que unas pascuas....

Esta mañana, madre,  
me he constipado,  
porque al salir de casa  
me encontré un calvo.

II

Después de muchos años, llególe la hora al bueno del zapatero: la comadre, puestas las antiparras sobre el reducido caballete que sirve a modo de nariz en su calavera, pasaba las hojas de un enorme libro de registro donde lleva nota de sus quehaceres del año; un libro de hojas negras, encarnadas y blancas; en la primera van los nombres de los que han de morir por guerra y desastres, y en las últimas los de los que hayan de morir en la inocencia.

—Pues señor, se dijo la Muerte, aquí está éste, y puso su escuálido índice sobre el nombre del zapatero de nuestro cuento, que ya ha vivido demasiado. ¿Hoy es miércoles? Está bien, hoy iré allí.

La hoja era negra, y por lo tanto, la Muerte miró en su caja de instrumentos, que lo son las enfermedades y los médicos, de cuáles de aquellas ó de éstos habría de servirse para el caso.

Entonces recibió el aviso de que con el zapatero no podía meterse en ninguno de los días de la semana, más que el lunes, ni podía atacarle si el maestro de obra prima no se hallaba en su sano juicio.

—¿Cómo se abusa de los pases gratuitos y de las vidas por favor!—murmuró la Muerte;—pero ¿qué hemos de hacer? Iré el lunes.

Llegado el lunes, envolvióse la Muerte en negro y ya raído manto y se dirigió a casa del zapatero; la comadre iba provista de una pulmonía fulminante; de una bronquitis, y tifoideas de las más mortíferas que pudo hallar a mano.

—¡Hola, comadre! exclamó el zapatero al verla: hoy te vienes por acá con muchísimo salero, pero creo que puedes volverte, porque se me van los pies y tengo la cabeza hecha una grillera.

El maestro zapatero no estaba en su juicio; había empujado el codo de lo lindo y se hallaba completamente borracho.

—¿Hasta cuándo te durará la mona? preguntóle la Muerte; pero salió sin esperar la contestación; porque desde luego se echaba de ver que la papalina había de durarle al zapatero hasta la mañana siguiente.

Después siguió la Muerte apareciendo por casa del zapatero todos los lunes, y perdía el tiempo que el remendón se gauaba; éste siempre la recibía borracho como una cuba, unas veces bailando y cantando, otras llorando y pendenciero; pero, al fin, jamás en su sano juicio. Aquel hombre había llegado á burlarse de la cosa más seria que puede haber, de la Muerte.

Y ésta, como es natural, estaba furiosa; pero no tenía más remedio que aguantarse; pensó en sorprender al zapatero; pero no hubo manera de que pudiera conseguirlo: el remendón á las doce de la noche de los domingos tomaba la mona y no la soltaba hasta las cuatro de la madrugada de los mártes.

La Muerte tuvo la idea de hacer que todos los zapateros ganasen los lunes tanto, que pudieran tentar la codicia del astuto burton, pero éste hizo que todos los zapateros holgasen los lunes, y para conseguirlo, los convocaba y les decía:—¿No os extraña el verme tan viejo, y tan sano y tan robusto? Pues consiste en que bebo vino y huelgo todos los lunes.

Y he aquí que todos imitaron á su colega; pero como el zapatero de mi cuento no había de ser eterno, tuvo su fin, como habremos de hallarle, más tarde ó más temprano. Y he aquí cómo ocurrió el caso, según los crónicas lo refieren.

### III

Estaba San Pedro enojado y escandalizado; tantas y tantas borracheras son otros tantos pecados, y como al fin ese pobre diablo algún día habrá de descuidarse.... se gana el infierno sin remedio.

Además, es un escándalo el número de los borrachos que hace de día en día ese empecatado.

—¿Qué te pasa hombre, que estás tan mal humorado? Pedro, eres tan gruñón, que ni en el cielo he logrado verte contento; dijo el Señor que acertó á pasar por allí, cuando San Pedro se daba á tales reflexiones.

El santo dijo cuál era el motivo de ellas, y el Señor entonces replicó:

—Mañana es lunes; baja al mundo y vete á casa del zapatero; la Muerte andará por allí desesperada; sea cualquiera el estado en que se halle el remendón, ofrécele en la jarra agua del mismo pozo de donde sacó la que él hubo de darnos aquel día, y quedarás contento.

Hízolo así San Pedro; descendió al mundo y se dirigió á casa del zapatero, el cual monene reía y cantaba á más reír y cantar; la Muerte, furiosa, pegada á los vidrios de la ventana, se entretenía soplando en ellos y matando con su soplo las moscas.

—Buenos días, maestro, dijo San Pedro; ¿me da V. un poquito de agua?

—Vino, abuelito, vino: mejor es vino.

—Yo deseo agua.

—Pues le serviré en su deseo, que tengo una agua que no la habrá mejor en parte alguna, replicó el zapatero; y tambaleándose y canturreando fué por la jarra y en ella sirvió el agua del pozo de la casa.

—No es tan buena como me decías, exclomó San Pedro.

—¿Que no?... Bien veo que no sabes lo que te dices.

—Pues lo sostengo; el agua que me has dado sabe mal.

Como á todos los borrachos los tienta el afán de porfiar, el zapatero se puso muy enojado y protestó enérgicamente, defendiendo el agua de su pozo.

—Pues si es tan buena ¿por qué no bebes tú de ella?

—Miren si bebo, exclamó el zapatero acercando la jarra á los labios echándose un buen trago.

Al punto sus sentidos se despejaron; clara y luminosa quedó su inteligencia; sintió como nunca vergüenza por la embriaguez y el vicio, dolor profundo por el pecado, parecióle la vida demasiado despreciable, para defenderla del modo que él lo había hecho durante tantos años.... y cuando San Pedro salía de la casa después de haber hecho al zapatero beber el agua de la gracia, éste, arrepentido, se arrojaba en brazos de la Muerte.

Pasado el tiempo del purgatorio, que no fué flojo, subió al cielo el maestro de obra prima: recibióle el Señor con los brazos abiertos.

### A M A R I A .

Dios te salve, María,  
Esposa del Criador,  
Madre de nosotros  
Y del Redentor.

Búcaros de flores  
Rendimos en tu honor,  
Al pie de tus altares  
En fé de nuestro amor.

Acéptalas, María,  
Madre del Señor,  
Y dad nuestras promesas  
Al niño Salvador.

Son pruebas humildes  
De amante fervor  
Que á tí tributamos  
Con tierno candor.

Llena eres de gracia,  
Inocencia y pudor,  
El Señor es contigo:  
Bendito sea el Señor.

Bendita tú mil veces:  
Salvad al pecador  
Que consciente llora  
Su desliz y su error.

Entre todas las mujeres  
No igualan el pudor,  
De tí, Santa Virgen,  
Imágen del dolor.

Bendito sea tu fruto  
Divino, encantador,  
Que disipa las tinieblas  
Que causan el horror.

Y á Jesús, vuestro hijo,  
Pedidle con amor,  
Constitúyase por siempre  
De nos el protector.

Y tú, foco radiante  
Más puro que el albor  
De la hermosa mañana,  
Pedidle al Hacedor,

Que un destello divino  
De su bello esplendor,  
Ilumine nuestras almas,  
Y confirme, seductor,

Los lazos que nos unen  
Hacia tí, con primor,  
Que son lazos fervientes  
Que forja nuestro amor.

Antonio Gutiérrez Piña.

Orizatlan, Abril 30 de 1897.

## LA MARINERA.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

**C**ORRÍA el año de gracia de 1541. En una nave, que de la América se dirigía á las costas de nuestra Península, venía entre otros pasajeros el ilustre Dr. Fr. Tomás de Berlanga, Obispo que era del Panamá, á cuya alta dignidad le había encumbrado el emperador Carlos V por su mucha piedad y grandes virtudes.

En aquel país había consumido lo mejor de su vida el santo Obispo, convirtiendo á sus habitantes á la religion del Crucificado. Quebrantada su salud con sus continuos trabajos y

desvelos, y deseoso de una vida más tranquila, venía á España á hacer renuncia de su Obispado y encerrarse en algun convento de los muchos que en esta nación tuvo la Orden de Predicadores, á la que pertenecía el piadoso Berlanga.

Sus rentas y riquezas las había empleado en socorrer á los pobres de su Diócesis. Traía sin embargo, á la Península un capital suficiente para la fundación de otro convento más de Dominicos.

Ningun contratiempo sufrió la embarcación donde iba el Obispo de Panamá en los primeros días de navegación, pero á los veinte días sobrevino una tan furiosa tormenta, que amenazaban á todos los tripulantes grandes y horrorosos peligros. Cubierto el firmamento de grandes nubes y rugiendo alborotadas las olas, comprendieron todos que se hallaban sus vidas demasiado expuestas, para no implorar la misericordia de los cielos. Inútiles eran los esfuerzos de los marineros para procurar salvar la nave.

La tempestad con todos sus horrores dominó en el mar, y no pudiendo resistir los marineros el furor de los elementos, sin esperanza de salvación, entre lágrimas, amarguras y desconsoladas voces, se prepararon á perecer en los abismos del Océano.

Muchos de los pasajeros eran mereaderes españoles que habían ido á hacer fortuna al Nuevo Mundo; y al considerar que cuando podían disfrutar en su patria del fruto de sus trabajos, iban á desaparecer entre las olas con las inmensas riquezas que traían, unos desesperados é impíos, profiriendo tristes quejas y duras recriminaciones al que dirige los destinos de los hombres; otros suplicándole con fervor los salvara, ó les perdonara sus culpas, produjeron todos tan horrible desconcierto y confusión, que en vano procuraba el ilustre prelado animarlos y consolarlos con sus cariñosas palabras.

—Rogad, les decía, á la "augusta Reina" de los Angeles, á la hermosa Estrella de los mares; que ella, si con fé invocamos su poderoso auxilio, nos librará del naufragio.

Las palabras del venerable ministro del Señor consiguieron que la esperanza volviese otra vez á los corazones. Entonces, hincando sus rodillas en tierra, los navegantes comenzaron á orar fervorosamente, y en sus plegarias ponían por intercesora á la "Virgen María," invocándola con los nombres más dulces y gratos.

El viento continuaba silbando con aterrador estrépito y hacía crujir con frecuencia los altos mástiles de la nave.

Las agitadas olas, jugando en tanto con ella, la hacían dar diversos giros y vaivenes, siempre consternando á los viajeros, que en cada uno de sus movimientos creían encontrar la muerte.

Animoso, sin embargo, el Obispo de Panamá, se reviste de todos sus ornamentos pontificales, y apareciendo de nuevo entre la tripulación, se postra humilde en tierra, y eleva sus ojos al cielo exclamando:

"Poderosa "Señora" de cielos y tierra, "Estrella" salvadora de los mares, tened compasión de nosotros; oíd nuestros ruegos, é interceded con vuestro amado Hijo, para que aplaquen su furia los elementos."

La piadosa invocación del ilustre Prelado fué interrumpida de pronto por los gritos y voces de los navegantes que, observando se levantaba una grande é inmensa ola con un enorme bulto, se consideraban ya perdidos.

La ola crece y aumenta de volumen con pasmosa rapidez. El bulto que sobre ella se distingue, cada vez se aproxima más á la nave. Algunos se figuran que es un monstruoso cetáceo, otros dicen ser los restos de destrozadas embarcaciones, y otros, en fin, viendo en él un inminente y terrible peligro, se disponen á morir entre desgarradores ayes y horribles gritos.

—¡Salvadnos, "Virgen María," salvadnos! prorrumpen todos animados por el piadoso Prelado,

—¡Salvadnos, "Señora" salvadnos! repite también éste, uniendo su súplica á la de los desgraciados pasajeros.

Jamás desoyó la misericordiosa "Madre" de los cristianos la voz de sus siervos humildes y devotos.

La ola que parecía iba á estrellarse contra el costado de la nave, se disuelve milagrosamente, y arroja sobre cubierta el bulto, que no era más que una grande y pesada arca. Al mismo tiempo, serenándose el firmamento y volviendo la calma á los mares, renacen también las perdidas esperanzas de los angustiados navegantes.

Llenos de curiosidad por saber lo que contiene aquella misteriosa caja, todos quieren abrirla; pero deteniéndolos el Obispo y el capitán, ámbos dicen que á ellos solos les pertenece lo que en ella se encuentra.

—Permitidme, capitán, dice el Obispo, que me haga cargo yo solo de esto que debe ser algún rico presente que los cielos benignos nos remiten.

—Perdonad, contesta el jefe de la tripulación, que me oponga á vuestros deseos: yo solo mando en esta embarcación, y todo lo que á ella venga, como esta arca, me pertenece.

Largo rato disputaron el capitán y el Prelado sobre á quién de ellos pertenecía la caja; pero conviniendo en que si era alguna cosa sagrada, sería del Obispo, y si algún tesoro, del capitán, se procedió á abrirla con gran contento de todos, que se hallaban impacientes por conocer lo que allí se encerraba.

No hicieron más que desclavar las primeras tablas, cuando saliendo grandes resplandores, quedaron todos deslumbrados con aquel tan inesperado golpe de luz. Por fin se abrió por completo, y apareció envuelto un objeto entre sutilísimos cendales.

Desenvolviólo el Prelado, y con gran júbilo de su corazón descubrió una preciosa Imágen de la "Virgen Santísima."

—¡Mío, mío es este rico tesoro! exclamó el Obispo de Panamá, mostrando á los tripulantes el bello simulacro de María.

—No sólo, continuó el respetable anciano, quiere salvarnos la Señora, sino que en prueba de su inagotable cariño y de su singular afecto nos envía este precioso presente. Adorémosla en él, y démosle rendidas gracias por tan distinguidos favores.

Todos los navegantes se postraron ante la hermosa efigie de Nuestra Señora, y de todos los labios salieron palabras de gratitud y alabanza.

El capitán, que se había visto defraudado en sus esperanzas, pesaroso ya de haber consentido en que se quedara con la imágen el ilustre Prelado, se acercó á éste, y por sugestión de otros viajeros que deseaban poseer aquella valiosa joya le indicó que sentía privarle de ella, pero que él era el único verdadero dueño.

Iba ya á ceder el Obispo, aunque con grande sentimiento de entregar á otro la Imágen que á él solo le pertenecía; pero ocurriéndosele la idea de sortearla entre los dos, se lo propuso á su disputador, que aceptó: mas por tres veces seguidas favoreció la suerte al piadoso Berlanga.

Llegó éste por último á España con su rico tesoro, y ansioso de fundar un convento de su Orden, mientras se edificaba, erigió en la villa de Berlanga, provincia de Soria, un santuario en cuyo altar colocó la preciosa estatua de Nuestra Señora.

Desde el momento que en él estuvo la Virgen del "Rosario," bajo cuya advocación fué venerada en aquel país, fueron numerosos los milagros que obró en bien de los fieles que imploraban su protección en las adversidades y aficciones.

Por eso la devoción que se le tuvo y todavía se le tiene, raya en frenesí, tanto entre las gentes de la villa de Berlanga como entre los habitantes de Medina de Ríoseco á donde fué trasladada, tan pronto como hubieron terminado los trabajos del convento fundado por el Ilustre Obispo de Panamá.

Y fué tan grande el sentimiento de los vecinos de Berlanga, cuando esta traslación de la preciosa Imágen de María, que no quisieron que se llevara á Ríoseco sin antes quedarse ellos cuando ménos con el Niño Jesús que tenía en sus brazos la "Señora."

El último día de la Pascua de Resurrección se celebra la fiesta principal de "Nuestra Señora del Rosario" con el título de la "Aparición de la Santísima Virgen," y los que hayan estado en Ríoseco en este día podrán apreciar cuánta es la devoción á la Excelso Reina de los Angeles en aquella villa y en otras partes de á donde acuden sus vecinos á honrar á la Marinera, como muchos la llaman, sin duda aludiendo á su milagroso hallazgo.

### JESUCRISTO.

#### SONETO.

Venciste luchador, alza la frente,  
Mira no el circo ayer ensangrentado  
Sino tu trono en mármoles alzado,  
Y á ti sumisa la romana gente.

Si reyezuelo audaz quiere inconsciente,  
Los cimientos derruir el Cristo ha echado,  
Mientras lanza Leon rugido airado,  
Tu Padre vibra el rayo omnipotente.

Y estallar: Tuyo es el Vaticano,  
Tuya Roma, los pueblos, las naciones.  
Imperas sobre el ángel y el humano.  
Y si osa el orco levantar pendones  
Contra el Cristo, de Dios el soberano  
Soplo, lo barrerá con sus legiones.

*Julio Rómulo Delgado.*  
Díacono.

Pasto, República de Colombia, Febrero 21 de 1897.

### LEED LA "IMITACION DE CRISTO."

**E**L incomparable libro de la "Imitación" no encierra simplemente reflexiones adecuadas para mover y enternecer al alma; está también esmaltado de consejos admirables para todos los estados y circunstancias de la vida.

Sea cualquiera el estado y circunstancias en que nos halleemos, jamás lo leeremos sin fruto.

Ejemplo elocuente y admirable será siempre lo sucedido á Juan Francisco de la Harpe, aquel célebre literato é impío, grande amigo de Robespierre, que felicitaba y pedía á éste, con grande entusiasmo, "que borrara el sello de los tiranos de todos los libros de la biblioteca nacional de Francia, aunque costase cuatro millones de francos hacerlo."

El testimonio de tal personaje no es nada sospechoso; pues su petición al sanguinario revolucionario demuestra bien á las claras que sus ideas eran muy avanzadas en todo, y que no tenía escrúpulos, ni se paraba en barras, no obstante haber merecido después que sus amigos lo encerrasen en el "Luxemburgo," antecámara de la guillotina. Escuchémosle, pues, á él mismo:

"Estaba en mi cárcel, solo, en un pequeño calabozo, y profundamente triste... Hacía algunos días había leído los Salmos, el Evangelio y algunos libros buenos que no sé quién me los había proporcionado..."

El efecto que me causaron fué rápido, aunque graduado.

Ya me había rendido y entregado á la fé... Veía una luz nueva, pero esta luz me asustaba y consternaba, mostándome un "abismo:" los cuarenta años pasados en el mayor extravío...

Veía todo el mal y ningún remedio. Nada ni nadie á mi alrededor que me ofreciese los auxilios y socorros de la religión...

De un lado estaba mi vida, delante de mis propios ojos, tal cual yo la veía al resplandor de la antorcha de la verdad celeste,.... y del otro lado... la muerte, que me aguardaba todos los días... pero ¡qué muerte!... la que se recibía en aquel entonces... la que daban mis amigos,

El sacerdote no aparecía ya sobre el patíbulo para consolar á la víctima que iba á morir... no subía sino para morir él mismo, escarncido.

Mi corazón, lleno de estas desconsoladoras ideas, estaba abatido, y por lo bajo se dirigía é invocaba á Dios... á Dios que yo había hallado y al que apenas conocía aún.

Yo le dije: ¿Qué debo hacer? ¿Qué será de mí?... y caía contra el suelo, llorando con amargura... No sé lo que fué de mí, ni el tiempo que así permanecí...

Tenía sobre mi mesa la "Imitación".... y me habían dicho que en este excelente libro encontraría á menudo la respuesta á mis pensamientos.

Le abrí á la ventura y me encuentro con estas palabras... "¡Heme aquí, hijo mío... vengo á tí porque me has invocado!" No leí más.....

La súbita impresión que sentí sobrepuja á cuánto ni yo ni nadie pudiera expresar.

Sólo sé que me es tan difícil é imposible el expresarla, como el olvidarla.

Caí con el rostro en la tierra, bañado en lágrimas por el llanto y los suspiros, gritando y pronunciando palabras entrecortadas. Sentí mi corazón aliviado y dilatado, dulcemente aliviado, pero al propio tiempo parecía estar á punto de partirse y abrirse.

...Estas palabras "¡Heme aquí, hijo mío!" no cesaban de resonar en mi alma y de conmover y estremecer profundamente todas mis potencias."

¡Cuántas gracias escondidas no contendrá un libro, del cual una cita, tan corta y sencilla, pudo enternecer hasta el extremo un alma tanto tiempo endurecida por el orgullo y la impiedad filosófica!

Sin embargo, para que la "Imitación" produzca esas vivas, repentinas y esplendorosas impresiones y aun efectos saludables en nosotros, se requiere un corazón preparado.

Puede sentirse, hasta cierto punto, el encanto, puede hasta admirársela sin que resulte de esa estéril admiración ningún cambio ni en la voluntad ni en la conducta.

Nada que no descansa en la humildad aprovecha para nuestra salvación.

### RIMAS.

#### A MI HIJA LUZ.

Vida es calor, calor es movimiento,  
y el movimiento se transforma en luz....  
Por eso en el calor de tu mirada  
la vida me das tú.

La pena es duda, oscilación, y sombra,  
y nunca están las sombras en quietud....  
Por eso si se vela tu mirada  
me inquietas tanto, Luz.

Vida sin penas y fulgor sin sombras,  
nunca se habrán de hallar.....  
Por eso es que en tus ojos transparentes  
luzes y sombras alternando van....

Por eso yo no sé cuando te acercas,  
si acaso sin saberlo, me traerás  
nueva vida en la luz de tu mirada  
ó envuelto en sombras un secreto afán.

México, Abril 30 de 1897.

JUAN N. CORDERO.

### SONETO.

Nació el Idilio de serena frente  
y rostro juvenil que el sol colora,  
á la orilla de fuente bullidora  
que engalana un rosal resplandeciente;  
la dulce Anacreóntica riente,  
de la espuma del vino embriagadora,  
y la Egloga feliz, con faz de aurora,  
en el seno de un bosque floreciente.

La pálida Elegía, tierno y puro  
corazón desgarrado por abrojos,  
surgió de un sauce entre el ramaje obscuro;  
el Madrigal en frescos labios rojos,  
y al borde del troyano roto muro,  
la Epopeya marcial de fieros ojos.

*Manuel Reina.*